ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EN EL DÍA DEL LOTO BLANCO

LOS MAESTROS DE CIENCIA Y DE DOLOR

LAS MUJERES

Hoy celebramos, queridos hermanos, la Fiesta del Loto Blanco, una fiesta acogida bajo la advocación de una flor que es, en verdad, el mejor símbolo del Todo.

Esta constante tradición significa entre nosotros muchísimo, y más que entre otros, porque nos acredita como discípulos perseverantes y apasionados investigadores de la Verdad. Satisfacemos así un tributo de justicia, de admiración y de afecto á uno de nuestros inmediatos maestros de ciencia y de dolor.

Si tendemos la vista por las grandes concepciones religiosas y sociales, que á título de verdades provisionales se han dado á la humanidad oportunamente por los Santos Poderes, observaremos un hecho que ha empezado á cambiar de unos años á esta parte.

Todas esas aproximaciones á la Verdad se han dado á los hombres y á la especie por un órgano que ha sido siempre el más adecuado y el que más evolucionado se encontraba en el mundo. La Ciencia, el Arte, el Saber, la iniciación religiosa, han sido enseñadas á los hombres por hombres. Hombres han

sido los mayores genios, hombres los grandes descubridores científicos y hombres, en fin, los pontífices y sacerdotes de todos los cultos. Como excepción, las pitonisas y las vestales aparecen en algunas religiones; pero es para desaparecer en seguida bajo la autoridad definidora y definitiva de los grandes sacerdotes. Jesús, el Buddha, Mahoma, Moisés, cualquier gran Maestro del pasado, se ofrece solo, y allá en los más culminantes momentos de su trabajo se les asocia una mujer para la obra. En la crítica y depuración de las grandes revelaciones obtenidas, la mujer ha quedado relegada á un último término que jamás se aproxima. No hay más que un hecho donde la intervención de la mujer en este estudio, en esta obra de suprema caridad y de excelente enseñanza, sea exaltada á la preeminencia de un órgano activo de los Santos Poderes. Ese caso se da en Mad. Blavatsky, la única mujer cuyo nombre puede inscribirse al lado de los grandes bienhechores de la humanidad.

Pero hay más en el caso de la ilustre cofundadora de la Sociedad Teosófica, la Sociedad más armónica, más libérrima y de mayores alcances que ninguna otra: en el caso de Mad. Blavatsky se da el más alto ejemplo de modestia, el mayor modelo de sacrificio y la mejor lección de prudencia. Más humana que cuantos la precedieron en su empresa, al fundar y establecer un órgano expositivo de su enseñanza, el centro más universal de los mayores estudios, no creó los vicariatos, los apostolados, los mejores discípulos para lo futuro, para después de ella, sino conjuntamente con su obra para ser no sólo la primer adicta, el primer alumno de sus verdades, sino el primer modelo del perfecto discípulo. Entre ella y su obra, entre ella y su enseñanza, no hay esa excisión, ese tiempo por medio que podemos apreciar entre el fundador de una escuela y la escuela misma, mediación que separa al fundador de lo fundado hasta el punto de ser cierto que los primeros discípulos nada tienen de común con el maestro. Lo que parece de ellos es posterior y segundo. Jesús no es cristiano, Mahoma no es mahometano. Sólo el Buddha es también discípulo de sí mismo. Mad. Blavatsky, maestra y discípula de sí, es aún más discípula suya que maestra propia. Instaura una Sociedad, promueve la primer Fraternidad Universal y en vez de dirigirla entra en ella, se queda en ella como el más entusiasta de sus miembros. Su función jerárquica no fué material, exterior, titulada, fué una je-

rarquía espiritual, mental; la mayor y la más grande que se puede tener sobre una escuela por el prestigio que dan el saber y la conducta.

Hay aquí, en este hecho, una enseñanza que no clara y manifiesta se nos ofrece con el recato y el trabajo que exigen ciertas verdades para ponerlas á la luz del día.

Estamos en presencia de un alto ejemplo de renuncia y de modestia que se nos da para un examen profundo, del que ha de salir, desde luego, una norma aplicable á nuestra vida diaria y á la práctica de la de todos.

La renuncia y la negación que han enseñado ciertas escuelas es absolutamente impracticable para muchas gentes por la sencilla razón de que carecen de un contenido renunciable. Yo no puedo aniquilarme sin ser, sin poseer una conciencia, sin proveerme de un contenido real para hacer mi sacrificio. Hé ahí lo que comprendió y lo que practicó nuestra sabia maestra, como únicamente el gran Siddhartha comprendió y practicó en otra época.

La idea de no ser, de renunciar, sólo puede parecer tenebrosa y espantable á las gentes superficiales que ya son una no entidad en la vida. Lo primero que hay que hacer para alcanzar la gran renuncia es afirmarse, y afirmarse bien, para hacer el último sacrificio. La riqueza es un atributo de la edad y la pobreza también. Una idea tan malsana como la de un «niño pobre» no puede ser un producto humano y de fraternidad. Es una invención del mal.

Sin remontarnos mucho, y para hacernos comprensibles á todos, en vez de renuncia empleemos otro término; bajemos una octava, varias octavas el problema y revelemos lo que hemos aprendido con este ejemplo. Es la modestia en lo que hemos de ocuparnos un momento.

La modestia es la renuncia en la práctica corriente. Ser modesto no es ser avergonzado, un tímido, es ponerse en el verdadero puesto que nos atribuye nuestra propia moralidad. No es un fingimiento, no es una cortesía fraternal hacia todos los hombres. La modestia es la verdad —decía muy bien Santa Teresa—; así, el modesto puede estar y de hecho está en un puesto preeminente y no en un puesto obscuro y velado como un espía de la gloria. En la modestia lo que nos mueve no es la voz pública, es nuestro propio valer, más conscientemente sabido por

nosotros que por todos los demás en aquel crítico momento. Nuestra moral nos señala el puesto y en él debemos permanecer para servicio de los demás y glorificación propia. Es tan verdadera nuestra moral, tenemos tanta seguridad en todo nuestro saber, en la extensión y el alcance de nuestros conocimientos, que si no los conociésemos no podríamos en la vanidad querer ponderarlos demasiado ni en la ambición derramarlos cuanto antes sobre el resto.

Contener este imperativo de dominio que palpita en todos nuestros males es muy difícil; por eso los que han sabido contenerse merecen ser ensalzados, y lo que se ha de admirar no es que hayan renunciado á derecho alguno, sino que han realizado su deber. Renunciar á un derecho es renunciar á un servicio. Eso no es renunciar, es egoísmo. Amar al yo por el yo. Madame Blavatsky, colocándose en el puesto que ocupó dentro de la Sociedad Teosófica que fundara, no dejó graciosamente de cumplir un deber, sino que lo cumplió mejor, y para mejor comisión del mismo adoptó la actitud que tomó dentro de la Sociedad.

LOS HOMBRES

Por un modo análogo y semejante nosotros recordamos hoy, dentro de los más allegados y vecinos, á un espíritu que fué un perfecto discípulo de nuestro sabio maestro.

Este hombre, modesto también, leal consigo mismo, fué el maestro ingenuo que se hace entre sus mismos alumnos. La verdad y la virginidad de sus entusiasmos edificaron entre nosotros tanto como sus mismas enseñanzas. Un profesor ideal ha de ser así, ha de descubrir y de entusiarmarse con los alumnos, igualmente que ellos, muchas primeras veces.

D. Francisco Montolíu, estudiante perpetuo, fué un eterno discípulo de la Sabiduría.

Recordándole hoy y reavivando su recuerdo por lo más íntimo y modesto, premiamos como podemos su obra y contribuímos á que sea premiada por las generaciones venideras. Hé ahí la verdadera inmortalidad. Un vivir tal que jamás pueda olvidarse por los que sigan y continúen la existencia.

ARIMÍ

EL PROBLEMA DEL ANIQUILAMIENTO

1. Por entonces muchos ciudadanos distinguidos se reunían en el Palacio del Pueblo, elogiando sobremanera al Buddha, el Dharma (1) y el Sangha (2). Entre ellos se hallaba Simha, el general, discípulo de la secta de los Nirgranthas (3); y Simha pensó: «Verdaderamente, el Bhagavat (4) debe ser el Buddha, el Santo. Yo quiero ir á verlo.»

2. Y Simha fué donde estaba el jefe de los Nirgranthas, Inyataputa, y acercándose á él le dijo: «Deseo, Señor, ir á ver al sramana (5) Gotama.»

3. Inyataputa respondió: «¿Por qué queréis, Simha, vos que creéis que las consecuencias de los actos son según su mérito moral, ir á ver al sramana Gotama, que niega la consecuencia de los actos? El sramana Gotama, Simha, niega la consecuencia de los actos, enseña la doctrina de la inacción y en esa doctrina alecciona á sus discípulos.»

4. Entonces el deseo de ir á ver al Bienaventurado disminuyó en el general Simha.

5. Y habiendo oído otra vez Simha glorificar al Buddha, el Dharma y el Sangha, consultó de nuevo al jefe de los Nirgranthas, y otra vez también Inyataputa le disuadió que fuera.

6. Y una tercera vez el general oyó ponderar al Buddha, el Dharma y el Sangha y pensó: «En verdad el sramana Gotama debe ser el santo Buddha. Que me den su consentimiento ó no los Nirgranthas yo voy sin pedirles permiso á ver al Bienaventurado, al santo Buddha.»

7. Y Simha, el general, dijo al Bhagavat: «He oído decir, Señor, que el sramana Gotama niega el resultado de los actos y que enseña la doctrina de la inacción diciendo que las accio-

(1) La ley.
(2) La orden ó la Iglesia buddhista.
(3) Cierta secta jaina.
(4) El Bienaventurado.
(5) Monje.

nes de los séres vivos no reciben recompensa porque proclama el aniquilamiento y el carácter despreciable de todas las cosas; que alecciona en esa doctrina á sus discípulos. ¿Enseñáis la desaparición del alma y la destrucción del sér en el hombre? Yo os ruego, Señor, me digáis si los que hablan así dicen la verdad ó si levantan un falso testimonio contra el Bhagavat, haciendo pasar por vuestro Dharma una doctrina distinta.»

8. Y el Bienaventurado dijo:

9. En cierto sentido, Simha, los que hablan así de mí dicen la verdad, y en otro dicen lo contrario. Escucha lo que voy á decirte:

10. »Yo enseño, Simha, que no hay que hacer acciones tales que sean culpables, ya de hecho ya de pensamiento; enseño que es menester no dejar nacer los malos estados del alma que son malos y no son buenos. Enseño, sin embargo, que deben hacerse acciones tales que sean justas, ya por su obra, por su palabra ó por sus intenciones; y enseño también que es preciso dar nacimiento á esos estados de alma que son buenos y no malos.

11. Enseño, Simha, que todos los estados de alma que son malos y no buenos y las acciones culpables por obra, por palabra ó por pensamiento deben destruirse. Simha; el que se ha libertado de todos esos malos estados, el que los ha destruído, como un palmar desarraigado, de suerte que jamás puedan desarrollarse en adelante, ese hombre ha realizado la destrucción del *yo*.

12. Predico, Simha, el aniquilamiento del egoísmo, de la lujuria, de los malos sentimientos y del error. Sin embargo, no predico el aniquilamiento de la indulgencia, del amor, de la caridad ni de la verdad.

13. Estimo, Simha, que las acciones culpables son despreciables, ya se hagan por obras, por palabras ó por pensamientos; pero estimo que la virtud y la verdad son dignas de loor.»

14. Entonces Simha dijo: «Una duda subsiste en mi espíritu aun acerca de la doctrina del Buddha. ¿Quiere el Bienaventurado disipar esa nube de suerte que pueda comprender el Dharma que el Bhagavat enseña?»

15. Y asintiendo el Tathagata (1), Simha dijo: «¡Oh, Bhaga-

---

(1) El que ha venido por el mismo camino que los anteriores. Sobrenombre del Buddha.

vat! Yo soy un soldado; estoy encargado por el Rey de hacer respetar sus leyes y de combatir por él. El Tathagata, que predica la bondad ilimitada y la compasión para todos los que sufren, ¿permitirá el castigo de los criminales? ¿Creerá que es culpable el ir á la guerra para proteger nuestros hogares, nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestras haciendas? El Tathagata predica la doctrina del abandono absoluto, ¿de suerte que debo dejar al malhechor obrar como le agrade y ceder con sumisión ante él si pretende por la fuerza tomar lo que me pertenece? ¿El Tathagata afirma que toda lucha debe prohibirse, incluso la guerra emprendida por justa causa?»

16. El Buddha respondió: «El Tathagata dice: «El que merece castigo debe ser castigado, y el que es digno de favor debe ser favorecido.» Sin embargo, al mismo tiempo enseña que es preciso no hacer daño á ningún sér existente, sino estar siempre lleno de amor y de bondad. Estas prescripciones no son contradictorias, porque el que es castigado por los crímenes que ha cometido padece el mal no por consecuencia de la maldad del juez, sino de sus malas acciones. Sus propios actos le han llevado al mal que le inflige el ejecutor de la ley. Cuando un magistrado castigue, no dé albergue en su corazón al odio; así, también un asesino condenado á muerte debe considerar que el suplicio es el fruto de su propio acto; y si comprende que el castigo purificará su alma, no se lamentará de su suerte, sino que se regocijará de ella.»

17. Y el Bienaventurado continuó: «El Tathagata enseña que toda guerra en la que un hombre trate de matar á su hermano es lamentable; pero no enseña que los que guerrean por causa justa después de haber agotado todos los medios para conservar la paz sean dignos de injuria. El que causa la guerra es el digno de execración.

18. El Tathagata enseña el completo abandono del yo; pero no dice que se entregue á las malas potencias, sean hombres, dioses ó elementos de la Naturaleza. La lucha debe existir, porque toda la vida es lucha en algún modo. Pero el combatiente debe guardarse de combatir en interés de su yo contra la verdad y la justicia.

19. El que lucha por interés egoísta para ser más grande, más poderoso, más rico ó más célebre, no tendrá recompensa; pero el que combate por la justicia y la verdad alcanzará una

gran recompensa, porque aun su derrota llegará á ser una victoria.

20. El egoísmo no es un vaso adecuado para contener un gran éxito; el yo es pequeño y frágil, y su contenido se derramará en seguida para el bien y acaso para el mal de otro.

21. La verdad, al contrario, es bastante grande para contener los deseos y las aspiraciones de todas las personalidades, y cuando algo se rompa como una pompa de jabón, su contenido se conservará y vivirá en la verdad una vida eterna.

22. El que va á la guerra ¡oh Simha! aun siendo por causa justa debe esperar ser muerto por sus enemigos, porque ese es el destino de los guerreros; y si el destino le es fatal, no hay razón para quejarse de él.

23. Pero el que quede victorioso debe recordar la instabilidad de las cosas terrestres. Su éxito puede ser grande, pero por grande que sea la rueda del destino, puede girar y sumergirle en el polvo.

24. Sin embargo, si se modera y extingue todo odio en su corazón y acercándose á su enemigo vencido le dice: «Venid ahora, hagámosla, pues, y seamos hermanos», alcanzará una victoria que no es un triunfo pasajero, porque sus frutos durarán eternamente.

25. Un general victorioso es grande ¡oh Simha!, pero el que ha subyugado su propio yo, es un vencedor aún mucho más grande.

26. La ley de la victoria sobre el yo ¡oh Simha! no se predica para destruir las almas de los hombres, sino para preservarlas. El que ha vencido su yo, es más apto para vivir, para conseguir y alcanzar victorias que el que permanece esclavo de su yo.

27. Aquel cuyo espíritu está libre de la ilusión del yo, permanecerá de pie y no caerá en la batalla de la vida.

28. Aquel que tenga rectas y justas intenciones, no tendrá desfallecimientos, triunfará en sus empresas y su éxito será duradero.

29. El que albergue en su corazón el amor á la verdad no morirá nunca, porque ese ha bebido el agua de la inmortalidad.

30. Luchad, pues, ¡oh general! con coraje y combatid en vuestras batallas con vigor; pero sed soldado de la verdad y os bendecirá el Tathagata.»

31. Y cuando el Bienaventurado acabó de hablar, Simha, el general dijo: «Glorioso Señor, Señor gloriosísimo, has revelado la verdad. En verdad que tú eres el Buddha, el Tathagata, el Santo. Tú eres el Instructor de la humanidad. Tú nos enseñas el camino de la perfección, porque en eso está ciertamente la verdadera liberación. El que te sigue no dejará de estar iluminado en su camino. Encontrará la santidad y la paz. Yo me refugio, Señor, en el Bhagavat, en la Ley y en su Orden. Dígnese el Bienaventurado de recibirme, á partir de hoy hasta el término de mis días, como un discípulo que se refugia en él.»

32. Y el Bhagavat habló así: «Considerad antes, Simha, lo que vais á hacer. Es conveniente que las personas de vuestro rango no hagan nada sin haberlo reflexionado maduramente.»

33. La fe de Simha en el Bienaventurado se acrecentó y respondió: «Si otros maestros Señor lograran hacerme su discípulo, llevarían en procesión sus banderas por toda la ciudad de Vaisali, gritando: «¡Simha, el general, se ha hecho discípulo nuestro!» Por segunda vez, Señor, yo me refugio en el Buddha, en el Dharma y en el Sangha. Dígnese el Bienaventurado en recibirme, á partir de este día, hasta el término de los míos, como discípulo que se refugia en él.»

34. Y el Bhagavat dijo: «Muchísimo tiempo los Nigranthas han recibido ofrendas en vuestra casa. Debéis encontrar justo también darles en lo porvenir su nutrición cuando vuelvan á solicitar sus limosnas.»

35. Entonces el corazón de Simha se inundó de gozo y dijo: «Había oido decir, Señor, el sramana Gotama enseña: Unicamente á mí y no á los demás se les debe hacer limosnas. Sólo mis discípulos deben recibirlas y no los de otros. Pero el Bienaventurado me exhorta también á darlas á los Nigranthas. Bien, Señor, yo haré lo que es razonable. Por tercera vez, Señor, yo me refugio en el Buddha, en su Dharma y en su Orden.»

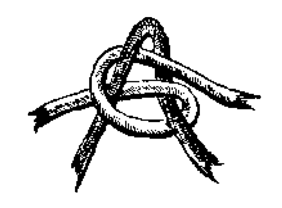
Paul Carus.

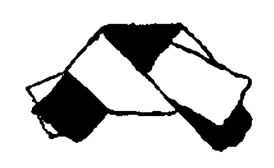
(*The Gospel of Buddha*. Cap. LI.)

EL REGALO DE LOS DIOSES

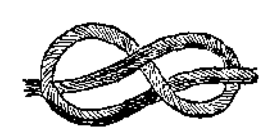
§ VI.—CONCLUSIÓN

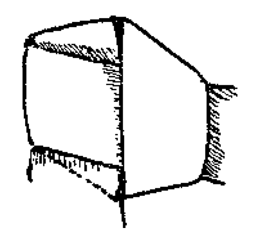
El carácter nudal de la estrella de cinco puntas se ofrece como una de las notas más interesantes de esta misteriosa figura, y es de sospechar que la adivinación del mismo ha contribuído no poco á la exaltación de la misma. Pero la exalfa es también á su vez una representación nudal, y puede verse fácilmente que así es, ya haciendo un nudo con dos cuerdas ó dos cintas, ó ya con una sola.





En el primer caso se engendra el nudo sencillo, corriente, el que hace por la generalidad para unir dos cuerdas, dos cables que se quieren enlazar. En el segundo, cuando se utiliza para el caso una sola cuerda, se genera el nudo masónico, un nudo que, como el anterior, puede dibujarse esquemáticamente trazando un exágono.

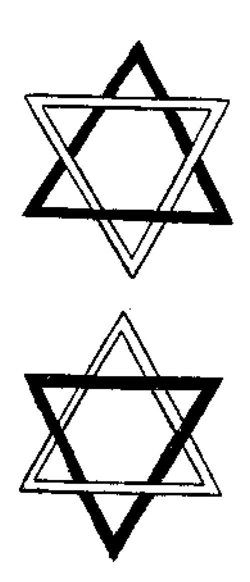




Examinando, además, con algún detenimiento, algunos de los enlaces más corrientes de la exalfa, considerada por lo general como dos triángulos enlazados, éstos nos los podemos figurar ya como cayendo uno de ellos sobre el otro por delante, ya cayendo hacia atrás, recordando en ambos casos un broche que se cerrase tomando alternativamente á uno de ellos como abrochador ó como hembrilla.

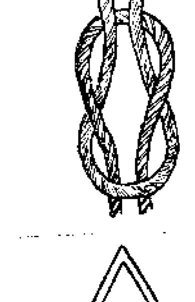
Se les representa también enlazados recíprocamente, y entonces vienen á ser algo así como un esquema del nudo recto, del nudo marino ó del nudo chato, que sirve para unir más

fuertemente, con una mayor seguridad. En este último caso el nudo puede considerarse como un símbolo de la asociación. Pero de cualquier modo que considere el nudo exagonal, llamémosle así, es infinitamente más sano, más robusto, más fuerte que el nudo pentagonal, que ya hemos visto y examinado anteriormente.

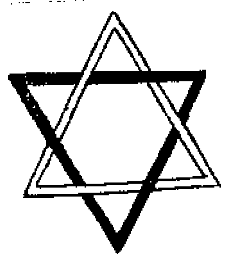


El nudo pentagonal es un nudo que carece de significación, y que no sería ciertamente una imagen verdadera del Nudo Gordiano, si realmente aquel nudo existió. Es un nudo que no puede hacerse con otro sentido, fuera del de acortar una cuerda, que con el fin de que sea término y remate de línea, de una cinta ó de un hilo, ni más ni menos que como lo utilizan aún las mujeres que cosen á mano, ó los chinos que pasan sus monedas por una cuerda anudada en un extremo.

Pentagonalmente puede construirse un nudo, sin embargo; pero es un nudo fatal, un nudo malo, el nudo corredizo, y así se ha dibujado muchas veces la pentalfa, ofreciéndola como un esquema de un nudo semejante, aunque no hubiera acaso intención de ello al dibujarla de tal modo, como la hubo de representar una unión en los mencionados dibujos de la exalfa.

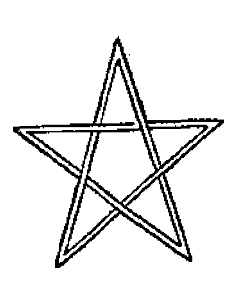


Ahora bien; cuando se ha querido representar el sello de Salomón con la pentalfa ó con la exalfa, el dibujo que se ha hecho casi siempre ha sido una representación más complicada y extraña que cualquiera de las analizadas hasta ahora. Por lo general, háyase adoptado la estrella de cinco puntas ó la de seis, el dibujo las ha representado como una línea sin fin enlazándose sobre sí misma, y este carácter de eternidad, es símbolo de lo sin fin, sin principio ni término. Ambas representaciones son ocultistas y las más aceptadas, y así vemos la exalfa en el sello de la Sociedad Teosófica y se

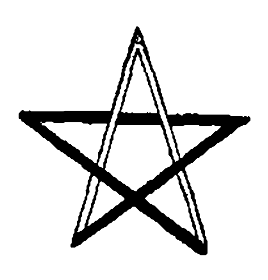


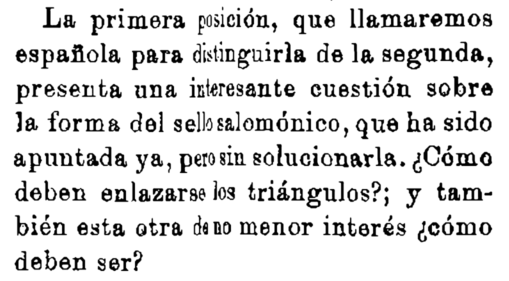
presenta como hemos visto en el Templo del Sol de Uxmal (Yucatán).

Aun así subsiste el nudo y es un nudo, mejor aún, son dos nudos, que no pueden trazarse sino en un cuarto espacio que no nos es conocido en lo ordinario y corriente de esta existencia.

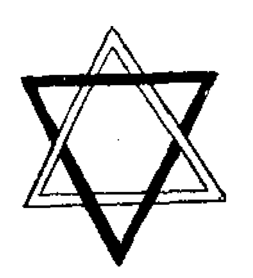


Hasta aquí las representaciones inscribibles del sello de Salomón, las que pueden colocarse dentro de un círculo, tocándole con sus cinco ó con sus seis puntas. Hay otras representaciones, otros gráficos, que afectan una forma más plana, si se me permite la palabra. Una de ellas, la más corriente y principal, por no decir la única, es la que se ve con frecuencia en muchísimos grimorios, y entre otros en nuestro famoso *Libro de San Cipriano,* unas veces como dos triángulos que se cruzan sin sobrepasarse, y otras como dos puntas de flecha entrelazadas—en los grimorios portugueses—que recuerdan el enlace de los triángulos del pentágono.





La primera posición, que llamaremos española para distinguirla de la segunda, presenta una interesante cuestión sobre la forma del sello salomónico, que ha sido apuntada ya, pero sin solucionarla. ¿Cómo deben enlazarse los triángulos?; y también esta otra de no menor interés ¿cómo deben ser?

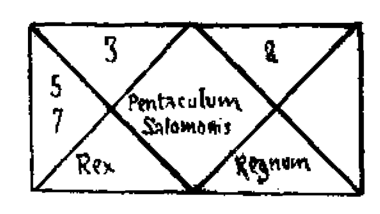


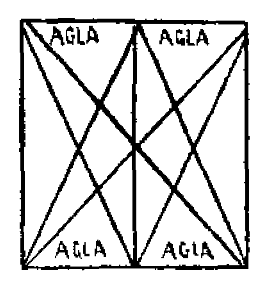
Si hubiéramos de asentir al testimonio de los que atribuyen á Pitágoras el trazado del sello salomónico, atribuído también á Tales de Mileto, creeríamos intuitivamente que los triángulos deberían enlazarse entrando el uno en el otro y que debían de ser rectangulares, ya que también, por los que le asignan tal invención, se dice que aquél veía en ellos la conjunción del cielo y de la tierra. Pero el sello de Salomón, mejor dicho, el llamado luego así, es muy anterior á Pitágoras, porque es, como se ha dicho, el sello de Vishnu, una representación del Nirvana.

Una sentencia de Hermes Trismegisto dice: «Como es arri-

ba es abajo», y sobre estas palabras, tomándolas en un sentido muy restringido, se ha tomado pie para ofrecer una representación de los triángulos sin sobrepasarse un ápice en su enlace, sin que sobresalgan los ángulos opuestos.

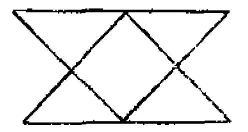
Una representación tal del sello salomónico es, en verdad, admirable, y puede utilizarse en cierto modo para una demostración del famoso teorema de Pitágoras: el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual á la suma de los cuadrados de los catetos. Y es más, el gráfico de semejante demostración es tan bello como el que se ofrece en algunos tratados de geometría.

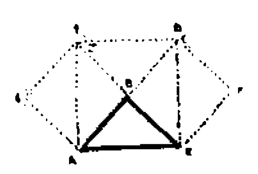




Pero aun en este supuesto no hay razón suficiente para adoptar semejante representación del perdido sello.

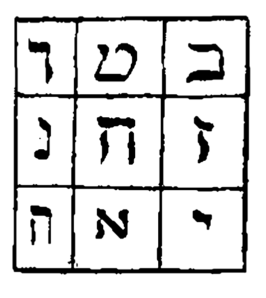
La razón de tal gráfico yo creo que estriba más bien en que semejante trazado se fijó y extendió por el pueblo árabe. El sello de Zahel, ó talismán de Saturno es, efectivamente, cuadrado y así lo trazan indistintamente los hebreos y los árabes, bajo la forma de un cuadrado mágico compuesto con las nueve primeras letras, ó números, dispuestos de tal modo que suman siempre quince en todas las direcciones. Este talismán tuvo en otro tiempo un gran valor para facilitar el alumbramiento (1), y se suponía que era la transcripción de un nombre de Dios, nombre que no debía ser muy frecuente ó que no debía entregarse á una profanación posible, y que para recordarlo había de saberse la clave. El *Beduh,* ó sea el cuadro, se traza en efecto rápidamente, una vez que se sabe que puede inscribirse en él el pretendido sello de

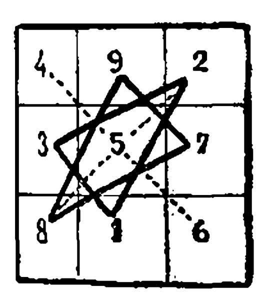




(1) Algazel.—*El preservativo del error.* Véase Sophia, 1906.

Salomón. Ahora bien; perdido el significado judío ó árabe de la palabra que revela el cuadrado, lo único que vuelve á subsistir en los pueblos que no hablan el hebreo ó el árabe, ó que si lo hablan no pueden pronunciar la palabra divina, es sencillamente el memorialín, la clave, el sello de Salomón, mediante el cual puede llegarse á la construcción del gran nombre. Pero más adelante surge un memorialín para el memorialín, y el mejor memorialín para el caso son dos ángulos que se cruzan dentro de un cuadrado. Esto remediaba á los ignorantes del idioma orignal y á los desmemoriados. Hay quizás una razón para que fuese adoptada esta forma por el mundo cristiano: es que representa el monograma de María, madre de Jesús; razón análoga á la que, acaso, hizo adoptar á los primeros cristianos afines al gnosticismo, el sello salomónico circular, el exágono desplegado, porque en él pudieron ver tres veces el nombre de Cristo.





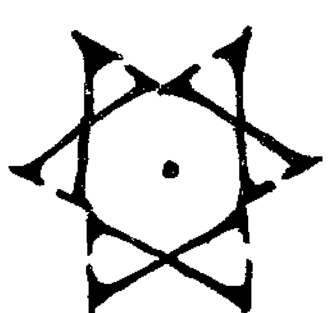
La preferencia de la exalfa sobre la pentalfa en el sello salomónico se ha querido explicar haciendo del seis el número predilecto de Salomón; si así fuera en las medidas que conservamos del templo y que nos ha transmitido la Biblia, veríamos la exaltación de ese número, y no sucede así, sino todo lo contrario. El número de obreros empleados en la erección de aquél, acarreadores (70.000), canteros (80.000) y sobrestantes (3.300), son una exaltación del cinco (1). En las dimensiones del edificio observamos el mismo elogio—60 codos de largo, 20 de ancho y 30 de alto — y la misma preferencia (2), que en el detalle se repite en las habitaciones superiores de 5 codos de altura (3). En el sacrificio que sigue á la terminación del templo el número de las víctimas—22.000 bueyes y 120.000 ove-

(1) III Reyes, V, 15, 16.
(2) III Reyes, VI, 2.
(3) III Reyes, V, 10.

jas—es un múltiplo de cinco (1). Únicamente la duración de la obra—7 años—y algunos otros detalles de la construcción, son elogios de otros números distintos del 5 (2).

Podría suponerse, sin embargo, que el elogio del seis por Salomón fué posterior á la erección del templo, ó que el sello salomónico no existiera aún, pero es difícil imaginarlo cuando la edificación de aquella obra supone una gran exaltación religiosa y, por lo tanto, alguna iluminación divina. En la construcción de su propio palacio tardó más del doble que en la erección del templo, pues invirtió trece años (3), y no vemos en este número sino una nueva fuente de desconcierto para esta cábala inocente y degenerada.

Una vez, á pesar de todo, se ve elogiado el seis, y es en *El cantar de los cantares,* que si bien no es una obra de Salomón, tradicionalmente se le ha referido y á él hace referencia.



«Ved aquí que el lecho de Salomón lo rodean sesenta valientes de los más fuertes de Israel. Que todos tienen espadas, y muy diestros para la guerra. La espada de cada uno sobre su muslo por los temblores nocturnos.» Traduce Cipriano de Valera (4).

Ó como dice nuestro Fray Luis de de León en su *Traducción literal y declaración del libro de los cantares de Salomón:* «Véis el lecho de Salomón, sesenta de los más valientes de Israel están en su cerco. Todos ellos tienen sus espadas y son guerreadores sabios; la espada de cada uno sobre su muslo por temor de las noches.»

Ya se ha referido antes el origen de esta guardia, que se dice por tradición fué instituída para que el rey no volviese á perder su anillo.

---

(1) III Reyes, VIII, 63.
(2) III Reyes, VI, 38 y VI, 6.
(3) III Reyes, VII, 1.
(4) *El cantar de los cantares,* III, 7, 8.

Aunque sea muy débil esta nota para fundar sobre ella la hipótesis de la exaltación de la exalfa como figura exacta del sello de Salomón, no deja empero de tener en sí algo aprovechable en otros respectos, y sirve efectivamente para confirmar una vez más, dentro de la tradición de esa joya perdida, el carácter generador, vital, que la anima en su más íntimo sentido. El enlace de ambos triángulos se considera por algunos ocultistas árabes como un signo de generación, y mejor aún, como una representación fálica. Se cree por esos escritores que es la forma perfecta de la generación humana, pues ven en el enlace de los dos triángulos los órganos reproductores masculinos y femeninos tal como han de disponerse para el mejor resultado.

En el texto citado hay, pues, como una ráfaga, como un recuerdo y como una confirmación de ese falicismo que se observa frecuentemente en los grandes símbolos. Y esta idea de generación más sana, más moral, es la que existe en el *sherkun* indio: la unión de Siva y de Vishnu. El triángulo superior simboliza á Mahadeva y el inferior á Vishnu mismo.

Resumiendo ahora no vacilo en creer que la verdadera forma del sello salomónico, de Vishnu debíamos decir con más propiedad, como observa Mad. Blavatsky, es la figura exagonal, la exalfa, los dos triángulos equiláteros enlazados tal como aparecen en el sello de la Sociedad Teosófica, donde por cierto aparece también el famoso bastón de Moisés bajo la forma de la serpiente.

Sobre este particular me será permitido todavía una digresión más. En la leyenda alcoránica de Salomón se hace una interesante referencia al sello del rey y al bastón del Legislador. Refiriéndose Mahoma al fin del mundo, dice así: «Cuando la sentencia se pronuncie contra ellos (los malos) y esté próxima á ejecutarse haremos salir un mónstruo de la tierra que les gritará: «En verdad, los hombres no han creído firmemente en nuestros milagros» (1).

Esta bestia apocalíptica dice la tradición que saldrá de una gran mezquita y que tendrá *sesenta* codos de larga, cabeza de toro, ojos de cerdo, orejas de elefante, cuernos de ciervo, cuello de avestruz, pelo de león, cola de carnero y pies de camello; que llevará la vara de Moisés y el sello de Salomón y que toca-

(1) Coran.—XXVII, 84.

rá con aquélla á los buenos y con éste á los malos, iluminando á los unos y cegando á los otros.

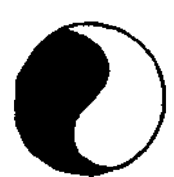
Unicamente ha de añadirse que no es precisamente la vara de Moisés la serpiente del sello de la Sociedad Teosófica, sino algo que podría entender ligeramente un occidental recordando la representación de Esculapio y de la Vida.

Si Salomón hubo de adoptar un sello que simbolizase todo el saber, es de suponer que adoptara un símbolo, á la vez el más extensivo é intensivo que pudiera imaginarse. Pero Salomón, empero, no es más que un mito semita exaltado por igual por el semita sedentario y escritor y por el semita nómada, creador de las leyendas. Es probable, sin embargo, que los nómadas recogiendo la leyenda en la India la transmitiesen á los sedentarios de Israel y de Judá, llevando como botín de su peregrinación, como resto del saber que se les iba olvidando, el gran símbolo que se ofrece en la India como el más espléndido regalo y donación de los dioses.

Sobre el hinduismo de este símbolo creo inútil insistir un momento. Como nota final recordaré que el sello salomónico se prescribía en la antigüedad hebráica confeccionarlo con pasta de harina (1). Este recuerdo del *soma* que aún podemos vislumbrar en algunas formas del pan, tradicionalmente conservadas en algunas naciones latinas—España, Italia, Francia—, andando el tiempo se desvía y transforma, y así se prescribe para la formación de tan precioso talismán el ejecutarlo sobre un pergamino virgen. Y por lo que se refiere á la multiplicidad representativa é ideológica de este símbolo, poco tengo que añadir: es uno de los más completos é integrales que pueden recordarse, y sería el más integral y definitivo si no existiese el de la Sociedad Teosófica, compendio y resumen de toda la ciencia olvidada y de la Doctrina Secreta.

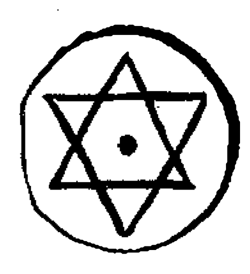
Un recuerdo del sello salomónico, quizás una de las múltiples formas que ha podido tener en el pasado, está en la representación gráfica de los dos grandes soplos *Yan* y *Yin* que representando el *Thai-ki*, el Principio Absoluto, no falta nunca en la casa de un buen taoista. Toda una ciencia se ha desarrollado alrededor de tan magnífico y espléndido símbolo, como se ve repasando las cuarenta y ocho transformaciones que puede afec-

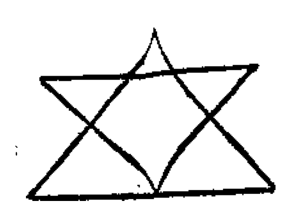
(1) J. A. Fabricio.—Obra citada, pág. 1.007 y siguientes.



tar en uno de los libros más antiguos del ocultismo mundial: *El Yih-King ó Libro de las transformaciones.*

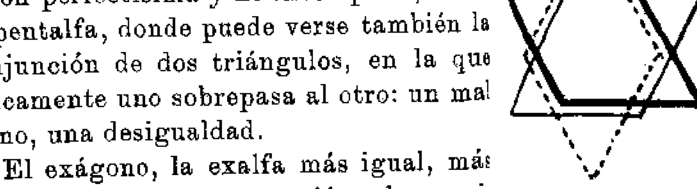
El misterio del nudo, la exaltación de la unión, la manifestación de la dualidad, la expresión de la Justicia, todo eso está en el *Thaiki*, en el sello de Salomón, todo eso se halla en el dragón que



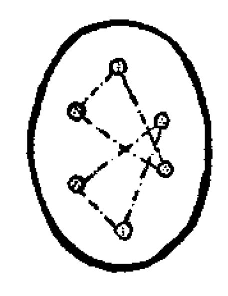


guarda los tesoros de todos los cuentos, desde la caja que contiene el libro de Thot hasta la última princesa que espera desencantarse.

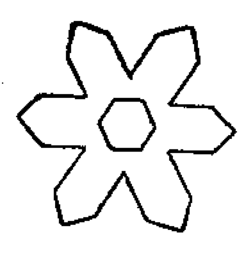
Tiene el exágono ó la exalfa sobre la estrella de cinco puntas el ser un triple trazado, un trazado oculto, del rombo que dibujaban los ofitas como símbolo del huevo del universo. Expresa el exágono una unión perfectísima y no incompleta, como la pentalfa, donde puede verse también la conjunción de dos triángulos, en la que únicamente uno sobrepasa al otro: un mal signo, una desigualdad.



El exágono, la exalfa más igual, más uniforme, generada por triángulos equiláteros, perfectos, está en el lirio, en la azucena, en el loto, en el divino loto, un superlativo místico de toda una época humana; en los dibujos que trazan las placas vibrantes, en las flores de la nieve, en los esqueletos de las esponjas, y en la estructura del átomo de hidrógeno. Es una clave astronómica, expresa las direcciones en el espacio, indica un orden social y señala, en fin, los límites de actividad del hombre hacia arriba, hacia abajo, á la derecha, á la izquierda, adelante y atrás, hacia sí mismo, al propio centro, para llegar como un perfecto aniquilado al Parabràm.



De cualquier modo, es un símbolo perfecto, el más grande y el más intenso; en él puede inscribirse el hombre como el mismo universo. Más sencillamente, la débil realidad que se nos alcanza, el Espíritu libertándose de la gravedad: la vida.



¿Fué así el sello de Salomón? ¿Y qué nos importa ahora? Pudo ser así. Lo que es cierto, lo que es indudable es que esta mística figura es un don, un regalo de los dioses.

El símbolo se ha prostituído hasta ser el sello de un valor positivo, metálico; pero de ahí, desde su apariencia menguada ha de elevarse por nosotros como una expresión sublime, y haciendo con él esa evolución nos elevaremos nosotros y elevaremos al símbolo.

RAFAEL URBANO

LA CREACIÓN DEL PORVENIR

A partir del momento en que el hombre se ha compenetrado del enigma de la vida y del método que sigue el progreso, puede por sí mismo acondicionar su marcha, hacer que sea más cómoda, más rápida y más útil. Sabe cómo se destruyen las pasiones y los vicios, cómo se edifican las virtudes y cómo se desenvuelve la fuerza perseverante. Conoce ya el secreto de la Sabiduría (1).

Lo que él crea perdura; la muerte no puede arrebatar sus adquisiciones, que son eternas. Cada vez que retorna á la tierra vuelve á encontrar las cualidades que desarrolló con sus esfuerzos; sus poderes siguen creciendo constantemente; las con-

(1) Sabiduría correspondiente al universo manifestado. (N. del T.)

diciones de cada una de sus encarnaciones son las mismas que ha elegido y que su Maestro le va presentando, sujetándose siempre á una sabia coordinación. Él ansía la victoria; quiere ganar el premio reservado á aquellos que luchan para llegar á ser los hermanos Mayores; anhela auxiliar á los que dejó retrasados en el camino; su vehemente deseo es ser un perfecto instrumento del Logos. Aguarda pacientemente á que sus esfuerzos hayan conseguido organizar plenamente el cuerpo espiritual y que la conciencia haya sido despertada por aquel que tomó á su cargo el deber de conducirlo por el Sendero. Entonces es cuando nace el Divino infante; crece, no obstante las fuerzas del mal que á ello se oponen, y dirige el combate, en el que nunca podrá ser vencido.

***

En pocas líneas resumiremos todo cuanto hemos bosquejado en este capítulo.

El Alma, en el mundo de lo Absoluto, dispone de la más completa libertad. Al sumergirse en el universo limitado se convierte en tributaria del instrumento que reviste y de las leyes de su mundo. A un instrumento (1) perfecto corresponde una libertad perfecta; para un instrumento en construcción, esto es, imperfecto, tiene que corresponderle una limitación y una fatalidad más ó menos grande. La fatalidad es la Ley del comienzo de los séres, quienes en ese estado siguen pasivamente la dirección que les marca la Ley. El determinismo guía las fluctuaciones de todos aquellos que salieron del período de la infancia; solicitados entonces por fuerzas diversas obedecen á la resultante de todas ellas. La libertad es la condición de los que han llegado á lo más elevado de la ascensión, á la unión divina, al punto donde no se obra sino de acuerdo con la Ley.

Karma, de ningún modo es Fatalidad; es el acoplamiento de fuerzas emitidas por el deseo ó por la voluntad; lo que ellas hayan generado puede ser destruído por la voluntad. Algunas de las fuerzas creadas llegan á ser tan intensas y tan imperiosas á veces, que el sér puede, á pesar suyo, llegar á la realización de ciertos actos, forzado por un rápido automatismo, en el que el pensamiento y la voluntad sorprendidos no tienen el tiempo

(1) Los cuerpos del hombre. (N. del T.)

de intervenir. Otras fuerzas hay que dominan la existencia que presiden y oprimen con toda su fuerza la vida encargada de expresarlas; el hombre, en este caso, no puede eludir su dominio, como no sea mediante una lucha perseverante.

Karma puede ser extinguido al fin por medio de fuerzas opuestas á las que lo constituyen, y, en particular, por la práctica de un altruismo permanente y cada vez más perfeccionado. Pone igualmente fin al Karma la persecución y destrucción directa de las causas engendradas. siempre que los poderes del alma lo permitan.

Y, por último, el hombre puede sustraerse á los resultados dé la acción cesando de contraer nuevos vínculos, esto es, cesando de mezclar con sus actos el interés personal, obrando como un canal de la Fuerza divina, como un obrero de Dios en la evolución. Desligado del fruto de sus obras, aplica á su vida la siguiente máxima: «Haz lo que debas y no te preocupes de lo demás». Esto es liberarse de las cadenas de acción, es el preludio de la completa liberación, que se hace rápida debido al perfeccionamiento de los vehículos del hombre divino y á la Sabiduría y Poder que de ello resulta.

Pero bastante antes de haber adquirido esta perfección final puede dirigir conscientemente su evolución, determinar su porvenir, preparando en el presente las causas, y apresurar maravillosamente sus pasos por las últimas revueltas que tocan la cima de la evolución.

La ignorancia es madre de la fatalidad y del dolor; del dolor nacen la Sabiduría y la Fuerza, quienes, á su vez, derivan la Libertad.

Dr. Th. PASCAL

MITOS POPULARES ESPAÑOLES

JUAN EL PESCADOR

Juan el Pescador vivía sólo con los rendimientos de su oficio—los productos *del agua*—. Cierto día experimentó singular asombro al pescar un enorme pez, y su asombro subió de punto

al advertir que el tal pez le comenzó á hablar, cual si persona fuese, de las cosas más extrañas del mundo.

Acobardado ante semejante prodigio, que no podía entrañar cosa buena, se apresuró á arrojar el pez al río, pero su hijo Juanillo, experimentando la atracción de lo desconocido, tan natural en la edad juvenil, arrojóse sin titubear en pos del misterioso habitante de las aguas, quien en un abrir y cerrar de ojos se le engulló entero.

Aturdido Juanillo, no se pudo dar cuenta entonces de su situación, ni menos calcular luego el tiempo que en el vientre del animal estuvo. Cuando pudo volver en sí de su desmayo hallóse completamente solo en un encantado y cristalino palacio. Las maravillas que al palacio exornaban eran tantas y tales que no son para descritas. Pero ellas no fueron bastantes, con todas sus delicias encantadoras, para calmar la honda tristeza del mancebo al verse así aislado de todo trato de gentes y de todo cuanto él conociera del mundo.

Un amable gigante le asistía y trataba á cuerpo de príncipe. Servíale los manjares mejores, los vinos más aromáticos y generosos y, en una palabra, cuanto apetecer pudiesen sus más refinados gustos y sentidos. También andaban por allí tres hermosas palomas que, al parecer, eran nada menos que tres ilustres damas, quienes yacían allí encantadas quién sabe cuantos milenios. El gigante las infundía pavor inmenso y le huían á más no poder.

La vida de Juanillo se deslizó monótona, aunque no infecunda, en aquel elocuente aislamiento por tiempo que él no acertara á medir, ya que dicho encantado mundo estaba harto más lejos de lo que humanamente podemos concebir.

El gigante, pese á su severa traza, era bueno, compasivo, y la tristeza de Juanillo, principalmente al acordarse de su pobre padre que quedara desamparado en el mundo, hubo de hacer mella al fin en su corazón. Cierto día, pues, concedió á Juanillo permiso para tornar al mundo de los mortales y consolar á su anciano progenitor. Sin embargo, dentro del severo régimen de aquella su prisión dorada, el permiso era corto. Los autores cuentan que no excedió de un par de días.

Para facilitarle el viaje de ida y vuelta, el gigante le deparó un ágil cuanto dócil caballo blanco, de lo más inteligente que darse puede entre solípedos.

Juanillo, alegre, tranquilo y hasta agradecido, emprendió como Dios le dió á entender el camino de su casa, diz que guiado, más que nada, por el instinto singular del noble bruto. Tan íntima solidaridad hubo de establecerse durante el viaje entre caballo y jinete, que parecían formar una sola pieza. Así, cuando tuvieron que pasar un caudaloso río, á cuya otra orilla parece ser comenzaba el mundo de los mortales, Juanillo, sin desmontar siquiera, penetró en una barcaza que la casualidad oportunamente le deparase. El barquero es fama les saludó con todo respeto luego que les hubo desembarcado.

No le trataron igual al pobre Juanillo no bien pisó en firme en la otra orilla. Alguien que la vigilara le prendió inmediatamente por sospechoso.

Juanillo gritó, pidió auxilio contra tamaña injusticia; pero cuál no sería su sorpresa al ver que su padre, su querido padre, á quien buscaba anhelante, le oyó y se restituyó á la libertad en seguida. La natural emoción de padre é hijo al verse de nuevo unidos excedió á cuanto puede ponderarse. La alegría de entrambos transcendió muy pronto á todos, y el pueblecillo ribereño fué al instante una viva fiesta de danzas, juegos y festines.

Tales y tan sugestivas resultaron, en efecto, aquellas fiestas, que el cuitado mancebo, pese á sus anteriores propósitos, fué infiel á sus compromisos, y la última hora del plazo del permiso sonó sin que el incauto lo advirtiera.

Cuando cayó en la cuenta, el plazo era ya pasado. Acobardado, se apresuró á dar á su padre el abrazo de despedida y retornó al lugar donde antes dejase á su caballo. Su primera contrariedad fué hallarle convertido en manso y tardo buey, que en lugar de llevarle rápido al palacio, aún le hizo retrasarse otro buen par de días.

La fatalidad más cruel parecía castigar al olvidadizo mancebo. La barcaza, antes tan adornada de flores y preseas, hallóla toda cubierta de luto. Al llegar al palacio sufrió también una horrible caída.

El castigo no se hizo esperar por falta, al parecer, tan nimia. Enfurecido el gigante, le desterró de aquel misterioso paraíso, convirtiéndole en oso rapaz y sanguinario.

Así vagó por selvas, montes y precipicios, días y días, hasta que de repente—la historia no dice cómo, pero es probable que

á costa de sufrimientos—se vió restituído á su estado pristino, con el gozo que es de presumir.

Al par que recobraba su antiguo estado, tres horribles fieras le salieron al encuentro: un tigre, una pantera y un león que acababan de devorar un tímido corderillo.

Quiso Juanillo huir, mas en vano. El león se le tragó en una pieza.

Juanillo era, por lo que se ve, un hombre de recursos extremos, y ya dentro de la fiera consiguió, no sin trabajo, darla un colosal mordisco en el corazón, con lo que la alimaña pronto quedó sin vida. Juanillo no tuvo necesidad luego de esperar otra cosa que á que el cuerpo de la fiera se pudriese.

La alegría con que ya libre se dirigiera á su hogar la puede el lector colegir.

Pero el lugar estaba lejos, y tras las penurias de una jornada inacabable, el hambre y la fatiga le rindieron por último. Las aves del cielo hicieron presa en sus despojos. Sin embargo—y aquí está el toque del tan paradógico fin de Juanillo—, es fama que uno de aquellos fúnebres pajarracos le arrebató por los aires, sin que desde entonces se haya vuelto á saber su paradero.

La historia sólo cuenta que el pobre Juan, el viejo, murió de pena al ver de tal modo arrebatado á su hijo hacia una región desconocida, natural consecuencia de los temerarios atrevimientos del mancebo.

*
* *

El hermoso mito que antecede es todo un compendio de Doctrina Arcáica, de esa sublime doctrina, síntesis de una raza que, llegada á la cumbre de su civilización y mundiales destinos, antes de desaparecer de la haz de la Tierra envolviera sus más fundamentales conclusiones bajo la corteza de la fábula para poderla así legar á sus infantiles sucesores, aguardando en esta forma protectora, cual la yema en su pérula invernal, la venida de otra hermosa primavera para brotar en sazón oportuna, dando nuevas hojas, nuevas flores y novísimos frutos.

Juan el Pescador, como todos los séres del Planeta, vivía sólo *del agua* y sus productos, porque es fácil demostrar—lo haremos muy en breve, dentro del más estricto criterio positivis-

ta—, que el agua, prototipo de la vida terrestre, es la clave fundamental de todos los vitales proteismos.

El anciano pescador y su hijo son el símbolo sempiterno de las edades humanas; el contraste fiel de lo viejo y rutinario con lo nuevo é innovador. Así, que al pescar del fondo del río al extraño animáculo parlante, el viejo le arroja á su elemento, lleno de terror ante sus prodigios; pero el joven, sugestionado por el horizonte de misterios que el prodigio solapa, cierra los ojos á la inerte prudencia, é irreflexivo, atraído por seducción inexplicable, se lanza en su seguimiento..... Tal es la realidad de la vida: lo que las limitadas fórmulas de cada tiempo rechazan á título de una razón fría, no animada de los cálidos impulsos de la fantasía y del sentimiento, eso mismo es lo que el progreso de los tiempos exige. Pero las pasiones más nobles nada son en definitiva, ni significan nada sin el raciocinio, hijo unigénito de la experiencia, y de aquí la inextricable contextura de pruebas y dolores que á la pasión se siguen, sacrificios encaminados todos á la depuración final de las pasionales escorias, una vez cumplida su misión impulsora de los progresos de la razón hacia la Verdad Suprema, que es su meta inasequible.

El extraño habitante de las aguas—pez ó ballena—guarda en el mito que nos ocupa un perfecto paralelismo con aquella ballena que tragara al profeta Jonás para iniciarle en los más altos misterios, cosa que nos enseña, dicho sea de paso, de qué modo debemos considerar el gran monumento judáico de la Biblia, objeto, durante siglos infantiles, de ciega credulidad *ad pedem literae,* con carnales interpretaciones que la denigran y blanco luego de aceradas sátiras, harto justificadas por estas interpretaciones groseras, que tan lejos se hallan en verdad de su honda filosofía, envuelta en los ropajes del mito. La Biblia simboliza, en efecto, para el pueblo de Israel un conjunto de inexplicados mitos, análogos en el fondo á los que ahora estudiamos y, en general, á los de todos los pueblos, como emanados de una Revelación, una Síntesis científico-religiosa arcáica que el cretinismo de aquellas edades infantiles de nuestra quinta raza se encargara de corromper más y más hasta el momento en que la sacase del fango la crítica filosófica de nuestras edades más cultas. El desarrollo de nuestra fábula se encarga de seguir demostrando lo que decimos. El paralelo ibero-judáico, en efecto, continúa.

La sugestión de lo desconocido, que atrae á la humanidad allende las limitaciones de *lo prohibido,* hace que Juanillo se arroje al mar, ni más ni menos que lanzase á Adán y Eva á comer de la prohibida fruta de un árbol paradísico, tesorero de la ciencia de lo malo y de lo bueno, de lo grato al paladar y de lo que luego al vientre amarga, según la frase del Apocalipsis.

Lo que busca Juanillo con seguir al animáculo del misterio no le es fácil colegirlo; pero él, sin duda, busca algo en el fondo de aquel mar donde su pasional inconsciencia le précipita, y este algo no es otra cosa que los salomónicos tesoros del saber oculto, atesorados todos en el símbolo exagonal de su anillo, y con el anillo perdidos cuando alguien arrojase al mar semejante joya mágica, á la muerte del rey del matemático símbolo. Y he aquí cómo nuestros propios mitos se entrelazan también entre sí, gracias á la más perfecta clave judáica que los explicó; ya vimos, efectivamente, que una de las pruebas, en el mito de Blanca Flor, fué la de que extrajese el príncipe del fondo del mar el anillo de los prodigios que malvadamente usufructuase el ogro, el mago negro.

Juanillo se halla de manos á boca con un palacio idéntico al de nuestros inestudiados libros de caballería, con tanta ligereza tratados por el gran Cervantes en su *Don Quijote* (1), y análogo al del encanto de Psiquis (2) cuando séres invisibles la servían los manjares más exquisitos.

La parte en que Juanillo regresa á sus lares gozando de un corto permiso es alusión muy clara á la contextura especial de nuestro mecanismo órgano-psíquico, que exige ser integralmente atendido en todo su complejo funcionamiento para lograr esa armonía de gran conjunto que en ciencia se llama proceso fisiológico, y que harto bien se enseña en Filosofía Yoga al recomendarse por igual el cumplimiento de los grandes y los pequeños deberes: los del vigor de la mente y los de la rigidez del instrumento corpóreo; algo, en fin, de esa higiene integral, modernamente entrevista ya, que nos salva de morbosidades deprimentes cuanto de teratológicos crecimientos, sólo conducen-

(1) Este párrafo nos merecerá capítulo aparte algún día, si antes no lo desenvolviese la pluma de un nuestro amigo, á quien debemos una luminosa idea acerca del manco inmortal y de su obra, digna de ser por todos conocida.

(2) Otra vez daremos el mito de Psiquis y el Amor con toda la amplitud que su excepcional importancia merece.

tes á la ruina del humano conjunto, según nos lo demuestran los recientes estudios positivistas de las enfermedades de la razón, de la memoria, de la fantasía..... He aquí por qué el sabio gigante permite el retorno, *la reencarnación, por decirlo así,* del simpático Juanillo. Debe él volver al pequeño mundo por meros dos días, pues que desde su proeza, su verdadero reino no es ya sino temporalmente de aquel ínfimo valle de dolor y de destierro.

Pero Juanillo se olvida, como nos olvidamos todos al reencarnar, de nuestra pristina condición celeste, y de aquí la serie de contratiempos que en esta vida nos asaltan..... como á Juanillo, este cuitado, en efecto, paga bien caro su disculpable olvido; su ágil caballo se vuelve tardo y pesado buey, que aunque le lleva también á sus destinos, sólo lo hace mal y á fuerza de dolorosos trompicones, simbolizados en la enlutada barca, en la caída triste y, en fin, en el destierro y pérdida de aquel adámico paraíso del que Juanillo, transformado en oso, sale perdiendo toda su dignidad humana, en el seno de su nueva condición de fiera, igual que la pareja de nuestros progenitores viese perdida su condición divina á las puertas del Edén.

No digamos nada, por no ser necesario, de las analogías del gran río pasado por Juanillo, con aquel Aqueronte que el viejo Carón atravesaba llevando en su barcaza á las almas de una á otra orilla, ni de las analogías del mancebo y su caballo con aquellos famosísimos centauros hombres y caballo en una pieza que la tradición nos ha legado como símbolo perfecto del sér humano, hombre y animal á un tiempo mismo.

La seducción que ejerce sobre Juanillo el retorno á la vida entre los suyos, apartándole de sus deberes superiores contraídos, es idéntica á la de todas las leyendas y poemas: la de Ulises por Circe, la de Telémaco por Calipso, la de las Sirenas, la de Scila y Caribdis, la de todas las Capuas afeminadoras de más ó menos legendarios Aníbales. El mito expresa muy bien las pérdidas de las oportunidades de progreso que de ello subsiguen y la redención por su mayor sacrificio.

No bien recupera Juanillo su pristina condición humana, tres fieras, las mismas que quisiesen atajar el paso del Dante en su genial visita á las regiones eternas, las mismas de todos los castillos encantados, pretenden detenerle en su marcha progresiva con cuantos terrores y engaños al astral caracterizan. El

más noble de aquellos brutos, el león, se le traga como símbolo de nueva encarnación, que reviste á Juanillo de carne animal nueva; pero las luces recibidas en sus iniciaciones anteriores esclarecen su mente, sugiriéndole el medio de romper sus prisiones groseras, hiriendo al animal en el mismo corazón, esto es, matando el egoismo, con lo cual la definitiva transfiguración de *Juanillo* no se retrasa ya más que el tiempo necesario para la putrefacción de las viejas vestiduras, finalizado el cual es arrebatado triunfalmente por las aves celestes á moradas más excelsas, como Enoch y como Elías, y con harta pena de su padre, quien aquí abajo siente en su alma las negras tristezas que por modo tan amargo reflejara nuestro Fray Luis al final de su oda:

Cuán rico tú te alejas;
cuán pobres y cuán tristes ¡ay! nos dejas.

No puede hacerse mayor elogio del mito del Pescador que el que este paralelo simboliza. No en vano contó con semejantes modelos el gran místico salmantino al cantar la Ascensión de Cristo, con ternura no igualada por poeta alguno.

M. Roso de Luna

LOS VIEJOS DEL TORREÓN

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivían, dentro de un viejo torreón, tres sabios coloradotes como manzanas, con los lentes de oro cabalgando sobre las narices y la melena blanca y limpia cayendo en bucles sobre los hombros; quiero decir que los tres estaban dotados de todos los caracteres tradicionales del sabio de profesión, y que á la legua se reconocía que habían sido consagrados como tales por la sociedad en que vivían. El más anciano de ellos (Melchor) había dedicado toda su vida á la determinación del lugar común á los puntos equidistantes de otro, y vislumbraba ya, como solución del gran problema, que podría muy bien ser una curva *reentrante en sí misma*; el que le seguía (Gaspar) había agotado todo su jugo cerebral en averiguar si las zapatillas de la princesa Katachú estaban ó no bordadas á realce, y el tercero (Baltasar)

martirizaba su cacumen con la trabajosa pesquisa de si los siete sabios de Grecia entraron por el estrecho cancel de la oposición en el Areópago ó si alguno de ellos pudo penetrar por la ancha puerta del concurso.

Ambos á tres eran pacientes inquiridores ó investigadores; pasaban el día, como habían pasado la vida, encerrados en sus estudios ó laboratorios y, aquí dejo uno, allí cojo otro, andaban de estante en estante á caza de libros viejos y de ideas rancias, aunque más frecuente era el que, abriendo de par en par las ventanas del torreón, parasen cerca de ellas en actitud de grave y solemne meditación y recogimiento, lo cual infundía gran respeto á los que cerca de allí pasaban, y al verlos tan ensimismados y cejijuntos, se decían:

—¡Cómo ahonda el sabio Melchor!

—¡Vaya unos molinos que muelen dentro de la cabeza del sabio Gaspar!

—Anda, anda ¡y que no tendrá miga lo que piense ahora el sabio Baltasar!

Y vaya si tenían miga y aun corteza los pensamientos de los tres sabios, pues mientras el primero tenía puestas las mientes en un tostoncillo cochifrito, el segundo soñaba con un buen plato de perdices escabechadas, y el tercero, que era goloso, se relamía de gusto oyendo cómo batían en la cocina del torreón un gran perol de huevos moles.

Uno de los muchos días en que se entregaban á tan profundas meditaciones, vieron llegar al pueblo, jinete (?) en un motociclo, á un joven extranjero, alto y robusto, pero lacio y sin garbo; apenas echó pie á tierra preguntó por los sabios del torreón y acompañado del Alcalde fué á visitarlos sin quitarse siquiera el polvo del camino.

—Vengo, señores — les dijo — á que vuestra gran sabiduría me guíe en mis propósitos.

Preguntáronle ellos cuáles eran y el extranjero contestó:

—Deseo saber cómo viven aquí las gentes y cuáles son sus costumbres.

—Aquí todo es vulgar, amigo mío; no os canséis en averiguar nada; sucede lo mismo que en todas partes: *nihil novum*...

—No, mi buen sabio—dijo el otro en mal castellano—; por lo menos he averiguado á mi costa una cosa nueva, y es que los chicos apedrean á los ciclistas.

—Cosas de muchachos—dijo Gaspar en tono indulgente.

—Además, he visto pasar de cerca un cortejo nupcial en que la madrina llevaba atada á la novia con una cadena de oro y eso es resto de...

—Una gran vulgaridad, señor forastero—dijo Baltasar riendo á mandíbula batiente y dándose palmaditas en el abdomen—; si así son todas, ¿dónde habrá visto usted boda sin cadena?; pero, hombre de Dios, ¿cómo llevan á las mujeres en su país de usted sino atadas?

—Perdone usted—dijo el extranjero algo desorientado—; las costumbres varían y su diversidad no es arbitraria.

—Vaya, vaya —dijo á media voz Melchor—; chiflado tenemos y nos dará que hacer en sus preguntas.

—Todo me parece aquí característico: la lengua, las costumbres, los trajes... hasta en la raza me parece que existe diferencia manifiesta de la del resto de la Mancha.

—Puede ser—dijo Melchor—, pero ¿qué importa eso al lado de la ecuación de mi curva?

—¿De qué curva, señor?—preguntó el forastero.

—De aquella que contiene todos los puntos equidistantes de uno común.

—Señor—dijo el extranjero—, esa curva es muy conocida de los niños de las escuelas y se llama circunferencia.

—¡Circunferencia! ¡Me lo estaba temiendo! —exclamó desesperado, y perdiendo la razón comenzó á pintar redondeles por las paredes de la torre.

El extranjero no volvía de su admiración, cuando se le acercó Gaspar y dándole un golpecito en el hombro y señalando al loco, le dijo:

—Era de esperar: esas investigaciones matemáticas vuelven el sentido; donde hay amenidad es en las mías. Vea usted cómo planteo mi problema:

Dadas las noticias que nos suministran acerca de la indumentaria femenina los templos de Menfis y Karnac y los progresos de la obra prima en la época de la XIX dinastía, determinar si pudieron ó no estar bordados á realce los chapines de la bella Katachú.

¡Oh sabio!—dijo el extranjero, un si es no es sonriente de malicia—; lástima que no hubieras seguido un camino más derecho en tus averiguaciones; pues si en vez de estar encerrado en

estas cuatro paredes, sin leer más que á Século y á Herodoto, te hubieras echado por esos mundos de Dios, hubieras visto en el Cairo la rígida é incorrupta momia de la liviana Katachú provista de ricas sandalias para el viaje eterno.

¡Maldición!—rugió Gaspar—¡Adiós mi labor de toda la vida! Y cayó al suelo pesado como un plomo.

Aterrado se hallaba el extranjero cuando sonriente y gozoso se le acercó Baltasar, y guiñándole un ojo que tenía bizco, le dijo:

—No extrañe usted lo ocurrido á éstos: no están en la vida y la realidad los deslumbra y los ciega. En cambio yo enlazo el pasado con el presente, lo histórico con lo actual, y para justificar la ciencia de los siete sabios investigo el único medio posible de que pudieran serlo: la oposición, que entonces como ahora es la única base sólida de la verdadera sabiduria: ¿no es esto así, no es cierto que en su país de usted todo se da á la oposición?

—En mi país, señor—contestó el extranjero—no hacen oposición más que los ciclistas, los automóviles y los caballos de carrera.

—¡Maldito extranjero!—gritó Baltasar, y dándose á todos los diablos, se arrojó de cabeza por una ventana.

Asomóse luego á ella el del motociclo y haciendo de muecín, congregó el pueblo en derredor del torreón, y cuando lo vió reunido habló de esta manera:

—Habéis de saber que este torreón que os parecía encantado ó misterioso, no era sino la residencia de tres honrados burgueses, que se daban buena vida sin cuidarse para nada del resto de la humanidad. Lo que ellos os presentaban como encumbrados problemas de su sabiduría, no eran sino acertijos de muchachos, y en tanto que comían vuestros cabritos y tostones y saboreaban las primicias de vuestros frutos, se reían de vosotros y de vuestras costumbres, estimando que eran cosa indigna de su estudio.

—Y ¿qué le importa á usted de nuestras costumbres—gritó desde abajo una voz estridente.

—Mucho me importa—contestó el extranjero sin inmutarse—; como que por el hilo se saca el ovillo, y para conoceros á vosotros es necesario conocer vuestros usos.

—Este tío tiene malicia—murmuró uno.

—Debe ser de los que andan buscando sebo de niños para el ferrocarril—dijo otro.

La noticia cundió y en pocos instantes un verdadero rujido de cólera ascendió desde el suelo á la ventana.

Oidme un instante—dijo el del motociclo—; oidme que os traigo la buena nueva.

—¡Es protestante, matadlo!

Y subiendo al torreón lo arrojaron á la calle entre salvajes gritos de júbilo.

A todo esto Baltasar, que tenía dura la cabeza, había vuelto en sí y enterado de lo ocurrido durante su desvanecimiento, arengó al pueblo, felicitándole por su obra; mandó hacer añicos el motociclo, y subiendo al torreón y asomándose á la ventana del brazo de Melchor y Gaspar, que se habían también recuperado de sus soponcios, dijo á los del pueblo:

—Hijos míos, ya véis, todo está igual que ayer. Aquí no ha pasado nada.

Luis Maldonado.

SOMBRA

Sí; yo camino por el valle de la Sombra.
DAVID.—*Psalmos.*

Los que leéis estáis todavía entre los vivos; pero yo, que escribo, habré partido para las regiones de la sombra mucho tiempo ha, pues sucederán acontecimientos muy extraños, muchos secretos serán revelados, y transcurrirán muchos siglos antes que estas palabras sean conocidas por los hombres. Y cuando las conozcan, unos no las creerán, otros dudarán y muy pocos hallarán sujeto de meditación en los caracteres que con un estilo de hierro voy trazando sobre estas tablillas.

El año habrá sido un año de terror, lleno del más intenso sentimiento de terror, para cuya expresión no existe palabra adecuada. Habíanse sucedido en todas partes, en la tierra y en el mar, muchos prodigios y muchas señales; habíanse desplegado anchurosamente las negras alas de la Peste. Los conocedores de las estrellas no ignoraban que el cielo presentaba aspecto de desventuras, y á mi modo de ver, el del griego Oinos era evidente que nos encontrábamos en el transcurso de aquel

año setecientos noventa y cuatro, en el que á la entrada en Aries, el planeta Júpiter debía encontrarse en conjunción con el rojizo anillo de Saturno. El particular aspecto del cielo influía, según mi apreciación, no solamente sobre la parte física de la tierra, sino también en las almas, en los pensamientos, en las meditaciones de la humanidad.

Una noche nos hallábamos, en número de siete, en un noble palacio de una triste ciudad llamada Tolemaida, sentados alrededor de algunas ánforas de vino rojo de Chío, y en un cuarto que no tenía otra entrada que una puerta de bronce, labrada por el artista Corinno con perfección extremada. Esta puerta se cerraba por dentro. Encerrados en aquella estancia nos encontrábamos alejados del aspecto de la luna, del de las lúgubres estrellas y solitarias calles; pero el presentimiento y el recuerdo del azote persistían en nosotros. A nuestro alrededor habían cosas materiales é inmateriales, de las que no puedo dar exacta cuenta; notábase pesadez de atmósfera, sensación de angustia y, sobre todo, aquel especial estado que sufren las personas nerviosas cuando los sentidos están cruelmente despiertos y la inteligencia entristecida y atontada. Un peso mortal nos aplastaba; se extendía sobre nuestros miembros, sobre los muebles de la estancia, sobre las copas en que bebíamos, y todo parecía oprimido, postrado en aquel abatimiento, todo, excepto las llamas de las siete lámparas de hierro que alumbraban nuestra orgía. Adelgazándose en largos filamentos de luz, permanecían inmóviles y pálidas, y en la redonda mesa de ébano, alrededor de la que estábamos sentados, y que su luz convertía en espejo, cada invitado contemplaba la palidez de su propio rostro y el inquieto brillo de los tristes ojos de sus compañeros. No obstante, se reía, estábamos alegres á nuestra manera, una manera histérica, y se cantaban canciones de Anacreonte, que sólo son locura. Y se bebía, se bebía mucho, aunque la púrpura del vino nos recordase la de la sangre.

Porque en la cámara había un octavo personaje, el joven Zoilo.

Muerto hacía tiempo y sepultado, constituía el genio y el demonio de aquella escena. No tomaba parte en nuestras diversiones, por más que su rostro, descompuesto por el mal, y sus ojos, en los que la muerte sólo había pintado á medias el fuego de la peste, parecían experimentar tanto interés por nuestra

*

alegría como á los muertos les sea posible interesarse á la alegría de los que deben morir. Pero aunque yo, Oinos, sentía fijos sobre mí los ojos del difunto, me esforcé en no comprender la tristeza de su expresión, y fijando obstinadamente la mirada en la profundidad del espejo de ébano canté con voz alta y sonora las canciones del poeta de Teo. Pero insensiblemente mi canto cesó, y los ecos, perdiéndose entre las negras colgaduras de la estancia, debilitáronse y se desvanecieron. Y he aquí que del fondo de aquella colgadura en que fué á morir el sonido de mi canción, se adelanta una sombra obscura, indefinida; una sombra parecida á la de un hombre cuando la luna se halla baja en el firmamento; pero no era la sombra de un hombre, ni de un Dios, ni de otro ser conocido. Temblando y oscilando por sobre el cortinaje se desliza y aparece al fin visible y erguida sobre la superficie de la puerta de bronce. Pero la sombra era vaga, sin forma, indefinida; no era la sombra de un hombre ni de un Dios, ni de un Dios de Grecia, ni de un Dios de Caldea, ni de un Dios de Egipto.

Y la sombra reposaba sobre la gran puerta de bronce y la esculturada cornisa, sin moverse ni pronunciar una palabra, pero acentuándose cada vez más, hasta que quedó inmóvil. Y la puerta en la que reposaba la sombra se hallaba frente al muerto Zoilo.

Nosotros, los siete compañeros, que habíamos visto á la sombra salir de las colgaduras, no nos atrevíamos á mirarla fijamente y bajábamos los ojos, fijándolos siempre en la profundidad del espejo de ébano.

Por fin, yo, Oinos, me atreví á pronunciar algunas palabras en voz baja y pregunté á la sombra su nombre y su morada.

Y la sombra respondió:

—Yo soy SOMBRA y mi morada está cercana á las catacumbas de Tolemaida, al lado de las sombrías landas infernales, por las que se deslizan las impuras aguas de Carón.

Los siete nos levantamos horripilados de nuestros asientos y seguimos temblorosos, aterrorizados, pues el timbre de voz de la sombra no era el de un solo individuo, sino el de una multitud de séres, y aquella voz, que cambiaba de inflexión á cada sílaba, hería confusamente nuestros oídos, imitando los acentos conocidos y familiares de millares de amigos desaparecidos.

Edg. A. Poe.

¡PERDON!

Men med hvad Ret fik Hakon Retten og ikke I?

Ibsen. Kongs—Aemnerne.

Si tú no te perdonas
no te perdona Dios;
perdona-te!
Si en paz no vives
contigo mismo,
si no consigues
paz en tu pecho,
no te dará Dios paz...!
La paz viene del fondo
del corazón;
es divino tesoro
que en ti Dios puso,
es tesoro de amor!
Esa inquietud interna
que te derrite,
ese anhelo infinito
que no se extingue,
que no se sacia,
es porque no perdonas,
es porque no amas...
¡Desecha la justicia,
que es pobre cosa,
que mata al corazón!
¡Busca la vida,
la vida inextinguible,
búscala en el perdón!
Perdona-te!
Honda piedad inmensa
tu corazón derrita,
al tocar tu miseria,
tu miseria infinita,
que es la miseria humana,
el lastre de la vida...
Perdona-te!
y en ti perdona á todos...
perdona-te!
Acude á tu tesoro,
al divino tesoro
que en ti Dios puso,
al tesoro de amor...!
Sólo el perdón es justo,
él sólo fluye
del pecho puro;
sólo el perdón es justo;
perdona-te!
Perdónate y perdona,
al perdonarte, á todos,
á todos los que amargan
nuestra vida con dolo...
en el juez está el mal!
Es el que juzga el que hace
la maldad del delito,
es el que juzga...
sólo el perdón es hijo
del absoluto Amor!
No alegues tu derecho...
con qué derecho
ese derecho alegas?
Sólo el derecho eterno
darte vida podrá!
Y es el derecho eterno
ser perdonado...
perdónate y en ti perdona á todos
perdona-te!
Ni tu deber alegues...
hay un deber tan sólo,
y es el perdón!
Perdón es sacrificio

del que perdona;
es gracia, don divino,
del que el perdón recibe;
es gracia y sacrificio,
fruto de amor,
do amor, no de justicia,
de caridad!
Es gracia y no derecho;
no deber, sacrificio...
es libertad!
Es libertad perfecta
santo tesoro
que soporta cadenas,
es libertad del alma,
fruto de amor!
Tribunal no levantes
dentro de tu alma;
mantenla pura;
no te juzgues en juicio
oye á tus ansias
ansias de paz!
Contempla tu miseria,
que es la miseria humana,
la triste pena;
contémplala y aviva
tu compasión!
Compasión á ti mismo,
piedad del Hombre,
pesar por el delito...
perdona-te!
perdónate y perdona
contigo á todos,
á todos los que amargan
esta vida con dolo...
perdónate y perdona...
perdona-te!
Desecha la justicia,
que es pobre cosa,
que mata al corazón!
Si tú no te perdonas
no te perdona Dios...
perdona-te!
Si tu no te perdonas,
cómo has de perdonar?
Perdona-te!
perdón! sólo perdón!
perdón tan sólo!
sólo perdón!

Miguel de Unamuno.

Notas, Recortes y Noticias.

España en el Congreso de Munich. Nuestro querido amigo y hermano D. José Xifré salió á principios de este mes para Munich, donde representará á los teosofistas españoles.

La presidencia de este Congreso la tendrá Mrs. Annie Besant, y se espera que sea uno de los Congresos más interesantes de cuantos se han celebrado por las federaciones europeas hasta el presente. En su tiempo oportuno informaremos á nuestros lectores de cuanto en aquel Congreso haya ocurrido.

La Biblioteca de Adyar. Según la Memoria del Director de la Biblioteca de la Sociedad Teosófica en Adyar, el doctor Otto Schrader, el número total de manuscritos que actual-

mente la enriquecen ascienden á 12.562, y el número de volúmenes, sin contar los ejemplares duplicados, llega á 14.326.

Se prepara en la actualidad una edición crítica de los Upanishads, con el texto devanagari y la versión inglesa en frente.

En la Biblioteca de Adyar hay obras en francés, inglés, español, alemán, italiano, sueco, danés, ruso, finés, gujerati, hindú, bengalés y sanscrito, principalmente.

De las revistas hay 21 en inglés, 4 en francés, 4 en holandés, 3 en alemán y 3 en español.

El peso de las almas. El Dr. Duncan Mac Dongall, de Haverhill (Estados Unidos), afirma que el alma es una substancia ponderable y que tiene un peso que puede apreciarse perfectamente. El mencionado profesor es el Presidente de una Sociedad de Investigaciones Psíquicas que ha fundado con algunos otros médicos para efectuar sus experimentos. El método que emplea Mr. Mac Dongall es una generalización del frecuentemente usado en los laboratorios de psicología fisiológica desde que Mosso lo popularizó para apreciar el valor de la irrigación sanguínea en el cerebro durante la ideación.

Mac Dongall coloca á un moribundo en una balanza excesivamente sensible, provista de registradores de precisión que acusan en seguida cualquier alteración del cuerpo que se pesa. El profesor en cuestión ha realizado cinco experiencias concluyentes sobre otros tantos individuos que han fallecido, y ha podido comprobar que los cuerpos de las personas fallecidas perdieron una cantidad de peso bastante apreciable. El hecho ha sido realmente confirmado; pero las explicaciones que han lanzado los que han podido asistir á esos extraños experimentos son, en verdad, muy contradictorias.

Hay un dato que, siendo del mayor interés, es extraño que no se haya consignado en estos casos, y es la cantidad media de peso que se pierde, porque realmente eso es lo que se prometía y acaso lo que se buscaba.

Félix Regamey. Ha fallecido recientemente en Niza este célebre pintor, cuya principal especialidad y renombre la adquirió por sus estudios sobre las religiones de Oriente.

Regamey, hombre inquieto y extraordinario, de múltiples aptitudes, es, quizás, el único ilustrador francés que ha colaborado en mayor número de revistas extranjeras y en mayor número de obras científicas.

El arte japonés le apasionaba de tal modo, que la gran reforma de la enseñanza que predicó siempre se distinguía por una base oriental más inclinada á las tradiciones japonesas que á las de cualquier otro país.

Su obra principal no es, con todo, la que puede apreciarse en el Museo Gimet, el Museo de las religiones; su obra verdadera está repartida por igual en *Illustrated London News*, el *Graphic*, el *Harper's Weekley* y las grandes obras de orientalismo.

Aviso importante. Se llama la atención encarecidamente á los miembros de la Sociedad Teosófica, y se ruega que así lo hagamos, sobre la próxima publicación de las *Transactions*. Estos volúmenes se publican principalmente atendiendo á los sufragios de los miembros de la Sociedad. Los individuos que quieran adquirir algún ejemplar deben manifestarlo en un tiempo lo más breve posible para tenerlos en cuenta en el número de ejemplares de la tirada.

Sobre el valor y la utilidad de semejante publicación no hemos de insistir ni hace falta, pues ya saben nuestros lectores la importancia que tiene esta obra, donde no sólo hallarán una enseñanza teosófica, sino una confirmación completa de ella y su reconocimiento más absoluto.

La Biblioteca Orientalista. Este importante centro editorial de Barcelona, que dirige nuestro amigo y hermano D. Ramón Maynadé, ha trasladado su domicilio y centro editorial á un local más amplio y espacioso.

La nueva dirección que nuestro amigo ofrece al público y á nuestros lectores en particular es la siguiente:

R. Maynadé, calle de la Princesa, 14.

Biblioteca Orientalista.—Barcelona.

RUG

BIBLIOGRAFÍA

Dr. Th. Pascal.—*Las leyes del Destino.*—Versión española de J. S. P., un volumen 3 pesetas. Barcelona, 1907.—Biblioteca Orientalista, Princesa, 14.—Ramón Maynadé.

D. Joaquín S. Pujol, que es el traductor de la presente traducción del Dr. Th. Pascal, ha realizado en verdad, no ya un hermoso trabajo al verter en castellano la preciosa obra del ilustre teósofo francés, sino una acción meritoria al poner así al alcance de todos los españoles y de los que conocen la lengua española las enseñanzas que contiene este volumen.

No necesita de introductores ni de abogados el Dr. Th. Pascal para ser leído de los buenos estudiantes de teosofía, pero sí debemos dar publicidad á la noticia de la publicación de esta obra, precisamente por la buena acogida que tienen entre nosotros las brillantes y profundas exposiciones de la enseñanza teosófica bajo la pluma del ilustre Presidente de la sección francesa.

Bajo el título de *Las leyes del Destino,* el Dr. Th. Pascal estudia la acción humana, la acción divina y la Única Acción. El trabajo que desarrolla ante el lector aparece sujeto á un vigor lógico que no es una imposición personal, sino el natural desarrollo que tiene la acción en sí.

A título de información en estas mismas páginas insertamos uno de los paragrafos más interesantes de la obra, y no ciertamente el de mayor interés; por la lectura del mismo podrán apreciar nuestros lectores la utilidad de esta obra, y el buen acierto que el traductor y la casa editorial han tenido poniéndola al alcance de nuestro público y de gran parte del mundo americano.

En este caso, al felicitar á los Sres. S. Pujol y R. Maynadé nos felicitamos á nosotros mismos, porque no es ya una posibilidad el desarrollo de las lecturas filosóficas más elevadas, sino una necesidad que puede satisfacerse y se satisface.

R. U.

Dr. Elmer Gates.—*La transparencia del cuerpo animal á las ondas eléctricas y á los rayos de luz, considerada como prueba de la muerte y como nuevo método de diagnosis.—Probabilidad de un nuevo método en las investigaciones psíquicas.*—Precio, 0,50 pesetas.—*La Irradiación*, Atocha, 147.—Madrid.

Este sabio doctor ha descubierto que parte de la luz pasa á través del cuerpo humano, conservando energía suficiente para impresionar una placa fotográfica, y que el cuerpo tiene grados diferentes de transparencia y opacidad á las ondas de luz de extensión ó frecuencia diferentes. También ha demostrado que el cuerpo vivo emite ondas eléctricas en proporción del grado de su esfuerzo y de sus actividades muscular é intelectual.

Fundadas en estas observaciones, el autor deduce consecuencias interesantes que deben tenerse presentes por cuantos se interesan por los progresos de la Ciencia; deduce una nueva diagnosis que los médicos no deben desperdiciar y también propone nuevos métodos en las investigaciones psíquicas para llegar con más facilidad á comprobar si existe el alma.

La Irradiación ha publicado también al precio de 50 céntimos, los siguientes folletos instructivos, que recomendamos á nuestros lectores:

«El hipnotizador práctico», por Pelletier; «La sugestión aplicada á la pedagogía», por el Dr. Berillón; «Influencia de la imaginación de la madre sobre el feto», por el Dr. Drzewiccki; «La lectura del pensamiento ó la adivinación muda», por Tarchanoff; «El Secreto de Onofroff ó la transmisión del pensamiento», por Favius de Champville; «Aplicaciones terapéuticas del hipnotismo» y «La sugestibilidad de los niños», por los Drs. Tokarski y Berillón; «Terapéutica hipnótica», por Brunet.

Artes Gráficas J. Palacios, Arenal, 27.